

LA RIBERA DEL EBRO

SEMANARIO LIBERAL

Organo oficial del partido en los distritos de Tortosa, Roquetas y Gandesa

Año II

SUSCRIPCIÓN
0.50 AL MES

Sábado 18 de Agosto de 1917

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Carmen, 3.—TORTOSA

Núm. 249

TORTOSA SIN PULSO?

Considerar a nuestra ciudad como un cuerpo muerto, es un error. Los que así lo creen o *finger creerlo* llevados de la *dolce farniente* suelen decir: ¿de que sirve el ocuparnos de cosas que no tienen remedio? Si de todos modos la ciudad se pierde, lo mejor (para su censurable comodidad) es resignarse. Esto sería tolerable si la ciudad pudiese morir. El desamparar a un enfermo aunque desahuciado, es cruel, para al fin se concibe como un acto de desesperación. Mas la Tortosa de nuestros afectos no se muere ni se puede morir. Las ciudades, como las naciones, no tienen el consuelo de morir cuando quieren.

Pero no se entristezca el lector. Tan desventurado día no llegará. No estamos tan privados de esperanza, siquiera digan lo contrario no pocos de los mismos que nos han conducido al estado actual. Tiene su lógica explicación la falta de orden y de sociogeo. Lo extraño es, como no son muchos mayores los trastornos, dada la inercia y la debilidad de los de arriba y la *impune* explotación tiránica de los agitadores de los de abajo.

En momentos de cansancio y disgusto, como los que atravesamos, todos condenan el hablar de política, pero nadie habla de otra cosa. Y es que la política nos interesa a todos porque se roza con todo.

No hablemos de política; sea en buen hora; mas ha de ser con la condición de encontrar materias exentas. Los asuntos religiosos se resienten de la política; testigo la historia de los últimos años. Luego no le ha de ser lícito al clero el cruzarse de brazos como algunos creen. Las ciencias y la literatura se resienten de la política; testigos, a mas de otras cosas, los planes y reglamentos que varían con los ministerios. Luego no deben los intelectuales vivir retraídos ni siquiera neutrales. La agricultura, la industria y el comercio se resienten de la política; testigos, las chispas de guerra interior producida por la malhadada y rencorosa lucha de clases, las cuestiones de aranceles, la inseguridad de los capitales, la bolsa. Luego no puede serles indiferente al agricultor, al industrial y al comerciante. Las diversiones públicas se resienten de la política; testigos, el teatro y hasta la plaza de toros. La tranquilidad pública se resiente de la política; testigos, los hechos que a diario presenciamos en huelgas, motines etc. etc. La paz doméstica se resiente de la política; testigos, los espías, los encarcelados, los deportados, en una palabra, la zozobra de los medrosos. Luego no se concibe el actual apartamiento de la

política de los mas y tal vez mas interesados.

Si los políticos fuesen una academia de aficionados que se solazaran discutiendo, bien podríamos olvidarlos. Pero ocupan alternativamente las sillas del mando, disponen de la fuerza pública, resuelven altas cuestiones que afectan a lo actual y a lo venidero, imponen tributos, y lo que es mas, los recaudan. No es dable prescindir de lo que hacen y dicen, porque a todos nos tocan sus obras y palabras.

«No quiero pensar en política». Así hablan algunos. Pero la dificultad está en que los sucesos os forzaran a ello. Si el edificio arde, no vale el permanecer tranquilo en un departamento, imitando al literato, a quien avisaron de que había fuego en la casa, y respondió muy sereno: «decidsele a mi mujer, ella es la que cuida de los asuntos caseros». Así vienen a pensar y a proceder, por desgracia, algunos tortosinos, medrosos o acomodaticios que se pasan el tiempo, en tertulias, reboticas y casinos con chanzas e insustanciales críticas, mientras el fuego de las bajas pasiones entra amenazador en sus propias casas con la misma gente obrera que albergan en ellas o que de ellos recibe jornal.

TORTOSINOS....

Obreros de la ciudad y del campo, ajusticiad la política de vuestros azuzadores

La huelga a que os han lanzado no es para mejorar vuestra situación económica ni política. La revolución que os ofrecen no es para implantar la república como forma de gobierno paternal que se preocupe de vuestras legítimas aspiraciones. No. Ambas tienden a justificar lo inconfesable del diputado que ha contraído sus compromisos con los que no les importa Tortosa ni la conocen y menos vuestras justas pretensiones. Mas bien han de pugnar con estas porque van contra nuestra madre Patria, de cuya fortaleza o debilidad depende la consecución o el fracaso de lo que en derecho os corresponda.

Para salir el diputado de tan execrable atolladero, le precisa os prestéis a servir de carne de cañon sin reparar en medios, aunque estos os conduzcan a la deportación y a la ruina de vuestras familias. Su única finalidad es política-financiera. Un pedestal labrado con vuestra desgracia y una bolsa de reluciente oro, son aciertes que deben teneros prevenidos contra los que os azuzan desde la barrera o desde donde no les puedan llegar las chispas del incendio, cuyo único combustible sois vosotros, para sacar ellos

impunemente de entre vuestras cenizas el vil metal amarillo con que sea pagado el precio de su infame hazaña.

Meditad sobre esto, honrados ciudadanos del trabajo. Haced la prueba de ello, invitando a Marcelino Domingo con su Palomo, y a los concejales, que sólo para alentaros se llaman republicanos revolucionarios, a ponerse al frente del movimiento que os aconsejan; y no tardareis en convenceros de la certeza de la anterior aserción. Es una prueba sumamente sencilla. Tanto que ya de público se dice que han presentado la dimisión de sus cargos algunos de ellos por el solo hecho de haber llegado a sus oídos que ibais a hacer dicha prueba. Si la posibilidad de hacerla, les espanta ¿qué sería de ellos si les tocarais a la puerta para formar con vosotros? Probadlo y os convenceréis. Y entonces obrad como os dicte vuestra honrada conciencia. Seguramente hareis lo que expresa el título que encabeza esta cuartilla.

De león a conejo

La noble heroicidad y acendrado patriotismo con que forjaron el escudo de Tortosa sus hijos en cuantas ocasiones tuvieron que demostrar su valor cívico, ha sufrido en nuestros días un salto atrás, metamorfoseándose el león del Ebro en conejo de patio. Así se expresaba el otro día una tortosina que siente correr aún por sus venas la sangre de aquellas heroínas que con su propio esfuerzo obligaron a levantar el sitio a Tortosa al que habianla sujetado los moros de Valencia y de Murcia poco después de su reconquista.

El triste espectáculo que ofrece estos días Tortosa es más que suficiente para determinar la psicología de un pueblo, y corrobora la sentida exclamación tortosina de que acabamos de hacernos eco. Pero en honor a la verdad hemos de decir que semejante conducta conejil lo mismo se ha observado en la gente de orden que en los revoltosos. Los unos, ni garantizándoles la seguridad personal y de sus comercios se han atrevido a salir de sus casas ni abrir sus tiendas; los otros, corriendo más que liebres y saltando como gamos, se han escondido cual conejos al ver mover la cola de un caballo de la noble y honorable autoridad militar, única garantía y salvaguardia de nuestra desgraciada ciudad. Lo cual a la par que constituye un timbre de gloria para dicha autoridad, debiera hacernos bajar la ca-

beza a los verdaderos tortosinos, avergonzados de no saber defender como hombres lo que supieron hacer las mujeres por si solas en la época al principio referida. ¿Para qué y para quienes se autorizan y se forman los somatenes? ¿Es que lo esperan de sus mujeres? ¿Que vergüenza y tristeza ver a nuestra ciudad revuelta e intranquilizada por unos cuantos conejos cascabeleros, manejados por cuatro vergonzantes agitadores que, más medrosos todavía, no se atreven a ponerse al frente del cascabeleo, ni tan siquiera como concejales revolucionarios. ¡Ha! Aquí pasa como en la chistosísima pieza teatral «Los valientes»: que los que hacen el papel de valiente son más cobardes que los por ellos atemorizados. Lo que ocurre es que, como en el teatro, estos no lo saben. Cuando se enteren, veremos trocados los papeles. ¿Pero cuando será ello?

Mas no todos habian de ser conejos. Ha habido ciudadano, como el señor Andrade, que no ha necesitado de nada ni de nadie para ejercitar su indiscutible derecho de libertad de trabajo. Le ha bastado la fuerza que dá este en un espíritu varonil.

Aunque bajo otro aspecto, es también de aplaudir que el teniente de alcalde, señor Piñana, haya protestado de tan injusta huelga y sobre todo de la punible coacción que la acompaña, abriendo con buen criterio al público el comercio de que está encargado. Así se debe proceder cuando se tiene la conciencia de que nada absolutamente puede justificar la revuelta que lamentamos. Bien sabe el señor Piñana que esta no ha de reportar ningún beneficio ni provecho a los obreros ni a los payeses. Por esto, en vez de ponerse al frente de ese impopular y engañoso movimiento, como se pretendía de él y de otros concejales, según se dice, ha preferido demostrar de la manera indicada su desaprobación. Y como opinamos igual en este punto, nos congratulamos de la noble y varonil actitud de dichos ciudadanos y de los que les han seguido en este procedimiento de consciente valor ciudadano, de tan singular rareza hoy en la ciudad modelo de ciudadanía y de sensatez.

"NUBES DE VERANO"

poesías catalanas y castellanas por

D. MANUEL DE PEÑARRUBIA

De venta en la librería de don Francisco Mestres

Calle de la Rosa número 11.—TORTOSA

Modo de evitar la huelga, y extirpar con ello la revolucionaria-sindicalista-ácrata.

Para dar con la tan deseada fórmula, no debe ser olvidado por el Gobierno su misión paternal para con el pueblo.

Todos están contestes que la actuación gubernativa en esta orden debe ser la de un buen padre de familia.

La huelga en tal caso no tendría razón de ser porque las aspiraciones de ajustar los jornales o salarios a las exigencias o necesidades de la vida, estarían de antemano atendidas.

Desaparecido el desequilibrio social que trae en sí la enorme carestía en los medios de subsistencia con relación a la inalterabilidad del jornal o salario, no se sentiría la imposibilidad de salvar o sortear esta —para el pueblo— insuperable dificultad por medio de la huelga.

Más aún; no sentida la necesidad de esta en el pueblo, por ser con celo y diligencia paternal atendido al procurar la ansiada armonía entre lo que gana con su trabajo cotidiano y lo que exige su sustento y la vida de relación, desaparecería el principal motor de la huelga revolucionaria y no se daría lugar a que pudieran sumarse a esta los sempiternos enemigos de la sociedad, —sindicalistas y anarquistas— convirtiéndola en criminal, porque criminales son los instintos y aspiraciones de estos.

Vease, pues, cuan fácilmente se puede lanzar a un pueblo laborioso y honrado, como el nuestro, a una pendiente de criminalidad, que seguramente le repugnaría cuando se diera cuenta de sus consecuencias; y que a pesar de su honradez innata no podría evitar, porque no le sería dable retroceder, preso como quedaría entre las garras de los demoleedores del orden social, político y moral, y sumido en la más negra y espeluznante anarquía.

En cambio, si el Gobierno se preocupa de cumplir celosamente dicha su misión, matará de cuajo lo mismo la huelga libre y honrada, que con sujeción a las leyes tiene perfecto derecho a plantear el pueblo, caso de no desvelarse el Gobierno por él, indagando el porqué de su malestar y curándolo con presteza en cuanto de legítimo y justo tenga, que la revo-

lucionaria, desacreditada hoy en día más por la entrada que ha dado en sus filas al elemento ácrata y sindicalista que por su propia ilegalidad, toda vez que sin el factor del honrado proletariado no puede ser intentada esta huelga, porque quedaría reducida a una insignificante minoría que no podría alterar en modo alguno el orden público ni producir tan siquiera desasosiego, intranquilidad, alarma, ni perturbación, que es a lo único que tiende, como lo estamos presenciando estos días.

Cabe añadir esta vez una nota difamante a la huelga planteada, que la hace más execrable que nunca. Y es que su objetivo, es diametralmente contrario al que persigue el pueblo; y tan miserable, que envuelve el degradante delito de lesa patria. Por esto se ha procedido clandestinamente, subterráneamente, sin contar con los interesados o no hablandoles con claridad, para que no se aparcieran de sus tenebrosos planes. Al pueblo se le ha tratado como si fuera un rebaño. De aquí que todo ciudadano consciente y patriota se ponga del lado de quien circunstancialmente represente la autoridad y el orden, sea quien fuere. No podemos con dignidad aceptar el *ukase* revolucionario. Somos enemigos de las oligarquías que pasan como el torrente por los valles, precisamente porque amamos al pueblo.

Esta huelga habra podido enseñar al gobierno la gran verdad que encierra el adagio: «Vale más prevenir que reparar». El Gobierno debe ser el primer interesado en que aumente la caloría ciudadana, por así decirlo, y en acabar con la escoria social. En la misión apuntada antes encontraría el medio de lograrlo. Y el pueblo, los honrados obreros que habeis sido arrastrados a esta huelga, pensad que solo vais a granjear de ella graves contrariedades; pensad en que no se ventila nada vuestro, que de lo que se trata exclusivamente es de aquello que conviene a vuestros explotadores. Y si lo pensáis así juiciosamente, y os sentís hombres libres, os volvereis, llenos de santa ira, contra aquellos.

Viva la libertad

Con este grito mágico, que dignifica cuando se entiende como facultad de hacer y decir cuanto no se oponga a las leyes ni a las buenas costumbres, y envilece cuando se toma por desenfrenada contraversión de estas, se han cometido estos días en nuestra ciudad actos arbitrarios y tiránicos por los que dicen haberle levantado un altar, ora coaccionando al libre obrero, ora insultándole si ha querido valerse de tan preciado derecho, ora haciéndole holgar con amenazas, ora obligándole a acudir al Centro republicano bajo la prevención de una multa individual de cinco pesetas.

Una huelga sin libertad de acción y de pensar, no es una huelga. Es la más ominosa de las tiranías.

Así es que no nos sorprende ver al 90 por 100 de los huelguistas lamentarse de la presente huelga, porque no van a ella, sino que los llevan.

Lo mismo decimos de la libertad de comercio, que consiste en la facultad de comprar y vender sin estorbo alguno. Y sin embargo, en nombre de esta libertad se ha pretendido que nuestro comercio secunde la huelga y se muestre partidario de ella cerrando contra su voluntad los estableci-

mientos; y no reparando en medios violentos. Con lo cual van contra dicha libertad.

Análogas consideraciones nos sugiere la decantada libertad de conciencia, que según el eminente pensador, Saavedra Fajardo, es la ruina de un estado; porque seguramente se tomaría ya en su época como desenfreno y desorden contra las buenas costumbres.

Qué diremos de la libertad de imprenta? Pues que se comete el mismo contrasentido en «El Pueblo» y su compinche, puesto que tal libertad consiste en la facultad de imprimir cuanto se quiera, sin previa censura, con sujeción a las leyes; y en las impresiones de referencia no se hace otra cosa que barrenarlas.

Y ultimamente ¿cómo entienden y practican la libertad del espíritu los que dicen hablar y escribir con esta libertad? Pues contradiciéndose también como en las otras libertades, ya que en sus dichos y escritos no aparece el dominio o señorío del ánimo sobre las pasiones, que es en lo que estriba dicha libertad.

Demostrado queda, por lo tanto, que los Marcelinos y Palomos que han venido a predicar la libertad al pueblo, o la desconocen o la conculcan a sabiendas. En el primer caso se les

puede perdonar por su ignorancia. Pero en el segundo resultan los verdaderos enemigos del pueblo al engañarle con la palabra libertad y tratarle líricamente con actos contrarios a esta.

Semejante proceder les ha hecho cometer en el sufrido y honrado pueblo otra iniquidad, que es inculcarle la máxima de los dialectos, que al castellano verídica, dice:

A quien sustente un dislate con palos se le combate.

Sin pensar que a ella cabe oponer otra máxima de los juristas, vim vi repellere, rechazar la fuerza con la fuerza, que puede traducirse:

Argumento de porrazos, contestación a balazos.

Esas apelaciones a la fuerza para sostener la causa de la libertad, tienen este inconveniente; que donde las dan las toman, como suele vulgarmente decirse. Y esto ni es serio ni correcto donde es respetada la verdadera libertad.

Gritemos, pues, ¡viva la libertad!... que guarda respeto a la ajena.

CHUCHERIAS

Escribo en plena revolución. Claro que es una revolución que, a Dios sean dadas las gracias, hace reír.

Señoras ¡y que revolucionarios nos han salido!

El despistarren del miedo, al desgriego del azaramiento y lo más descacharrante del pánico.

¡Ay Mariana! Si con gentes así has de venir, tienes camino para tiempo.

Ustedes leyeron el último número de «El Pueblo»?

Había para horrorizarse y para que la autoridad metiera en la cárcel al director, que así de paso no le iría tan mal.

Bueno, pues todo aquello resultó agua de malvas ¿Que por qué? ¡Pues porque todavía hay un glorioso ejército español que sabe poner a raya a los que intentan reducir a España a la nada.

Por cierto, que «El Pueblo» se despidió de sus lectores hasta la República (con mayúscula pa que no se ofenda.)

Paréceme a mí, que tiene para rato el colega.

¡Si hay tantos ejemplos por ahí cerca!

«Zeus» el que se sentía asesino, se conoce que la diñao.

¡Mía tu que no versele el pelo, por parte alguna!

Lo que dirá él—Como no han habido barricadas!—Y como había tantos soldados—añadiría yo.

Aquí el golpe no se ha dado porque Marcelino ha dicho que no era hora. Y un republicano que lo es de verdad y conoce a Marcelino y a los marcelineros muy a fondo ha dicho.

No ha llegado la hora ni llegará ¡Como que al maestrillo se le ha parado el reloj!

¡República, república! ¡Y para qué? Para cambiar de gobernantes, porque los que hay son malos. ¿Y como serían entonces? Una verdadera república, en la que se hartarían unos cuantos hambrientos de popularidad y de dinero.

¡República! Y para aliviarnos de los malos gobernantes que sufrimos—dicen los que la quieren.

¡Aegrescit medenda!

Nos dicen que el Comité de la Mano Negra quería que los concejales reunidos en sesión proclamaran la república en el Ayuntamiento.

Que algunos concejales dijeron que no estaban conformes.

¿Y si en el resto de España no lo hacen? ¿Qué papelito jugamos?

Pues el mismo que ahora, un papelito... pero que muy ridículo.

Solamente que de hacer lo que el Co-

mité quería, hubieran ido todos a Mingo, el de la doña i bonita parla, implantador del visca voste mols anys y de los bandos en catalán, que se ha pasado todos estos días de bullicio sentadito en la puerta de su casa y vistiendo un flamante uardapolvo.

Francamente, no estaba en carácter.

A él le pertenecía estos días ir con una americana, un cuello de palomita, una chalina azul, un chambergo en su cabeza, una pipa en su boca, y una hoz en la mano derecha, e ir por esas calles gritando «Bon cop de falç».

Pero es lo que dice uno que conone el paño. Aquí somos revolucionarios de guarda-ropía.

¿Y Palomo?—¿No sabes?—¡No!—Pues anda, digo vuelva de allá para allá con un lazito en el cuello y otro en la patita. Vuela sólo de allá para acullá, porque por aquí no se le ha visto el plumaje.

Nos dice uno. ¿Sabeis porqué no se ha hecho aún la revolución en Tortosa?

—No, ¿porqué?

—¡Pues! ¡Por qué no han llegado los trajes!

BIRIQUELDO.

Madrid al día

NOTAS RÁPIDAS

Del excepcional estado de suspensión de garantías constitucionales pasamos al de guerra en un abrir y cerrar de ojos. No resignados los explotadores del desorden con el fracaso de la huelga-ferroviaria de las líneas del Norte, imaginaron y decretaron un paro general con esbozos revolucionarios, lanzando a grupos de inconscientes revoltosos a impedir que trabajasen los que querían trabajar, y todo a título de amor y devoción a la libertad del trabajo.

Sucedió lo que tenía que suceder: las medidas de rigor se imponían en defensa del orden, y la ley marcial fué proclamada. Y he aquí esta ley de espíritu estrecho y de letra severa convertida en sostén de los verdaderos principios democráticos, ya que ampara el derecho de los más contra los excesos de los menos, porque cualquiera que sea el número de huelguistas y alborotadores se reconocerá que forman inmensa mayoría los ciudadanos que no quieren holgar ni alborotar.

Hubo cargas para disolver los grupos y las consiguientes carreras, cierres de establecimientos y alarma inevitable en estos casos. Y entretanto, de la estación del Norte salían con toda regularidad los trenes anunciados en el horario del día; demostración de que, por estar dominado este conflicto, los que de él esperaban satisfacción a sus pasiones procuraban provocar otro, del que fuese principal víctima Madrid y su población obrera, la mas propicia a sufrir las ansias de la escasez si a ella se llegase por efecto de la prolongación de la anomalía.

Las tropas salieron a la calle; la gente pacífica rehuyó servir de pantalla a la discolora, lo que hizo menos animada la vida ordinaria en el centro de Madrid, y la rebeldía pululante, cuando se convenció de que con la milicia no caben juegos ni desmanes, se retiró por el foro, probablemente renegando de quienes la sacaron de su casa y de sus casillas...—Ameccé.

Ni en Madrid ni en provincias ha respondido la inmensa mayoría de las clases obreras a la orden de huelga general decretada por Comités mas o menos ocultos, pero las manos que en la sombra mueven los hilos para este manejo no se resignan a la falta de adhesión, y donde no la hallan, resuelven forzarla. Sea como sea, hay que producir la revuelta, hay que sembrar alarmas, hay que hacer daño, hay que poner al país en convulsión. Es un secreto a voces; es una vasta organización ajena al verdadero pueblo, ajena también a pleitos concretos, a la pugna corriente en que demanda su mejoramiento el proletariado. La trama tiene un cariz criminal; el episodio trágico de Bilbao lo delata.

No habrá un pecho honrado que no hierva de indignación contra los desalmados que inducen a esas salvajadas.

Pero el designio siniestro, en cuyo fondo

acaso se complican varios objetivos coincidentes, debe fracasar y fracasará. Al Gobierno toca en primer término el conseguirlo. Pero incumbe también a todas las personas de orden el auxiliar para lograrlo.

El movimiento es virtualmente revolucionario: no hay que emplear circunloquios; a las autoridades interesa que el público lo sepa bien, para que toda la gente sana esté advertida de lo que se intenta, y, dejando para luego distancias y críticas, se sitúe ahora al lado de los Poderes legítimos.

Nos permitimos aconsejar a todas las personas de orden que, frente a los empeños de los revolucionarios, contribuyan por su parte, en cuanto puedan, a mantener la normalidad, asistiendo a sus quehaceres, ejercitando su vida usual; y que robustezcan la acción de las autoridades poniendo en ellas toda su confianza.

La España pacífica y laboriosa, que tiene anhelos regeneradores, pero que no los fía al motín, debe aislar a los elementos sediciosos.

Por nuestra parte, invitamos con el ejemplo. En todas las secciones de nuestra Casa se sigue trabajando normalmente, y, como en ocasiones análogas, procuraremos mantener en las condiciones ordinarias—y esperamos que así sea—nuestra comunicación con el público, seguros de que al usar de nuestro derecho cumplimos también un deber social oponiendo la mejor protesta activa contra la peor de las tiranías.

(De nuestro colega A. B. C.)

VIAJANDO POR ESPAÑA

AJO ARRIERO

(Conclusión)

Parece ser que en Almodóvar no quisieron comprar una sola fanega de estas doscientas dehesas de la Alcudía, cada una de las cuales tiene más de mil. Los arrieros me dicen que en aquellos tiempos, y ya ha llovido desde entonces, nadie se atrevía a tratar con la Casa Real, pues temían se quedara otra vez con las dehesas cuando le viniera en gana. Esto les dá motivo para una de las interminables e indescriptibles discusiones que entablan los arrieros.

Bien atrás ha quedado el campo de Calatrava, teatro de las románticas andanzas de la Orden. Desde la ermita de Santa Brígida, en Almodóvar, he visto el delicioso panorama, Villamayor, Argamasilla, San Quintín, Cabezarradas, Abenojar...

—Ahí en ese pueblo—me dicen los arrieros, estos hombres que todo lo saben—hay un pozo en medio de la plaza con brocal de madera, y todos los años se cae un charrón al agua. Y hay que fastidiarse... como el toro no lo permite, pues hasta que lo matan no pueden sacar al mastuerzo del agua. El año pasado lo sacaron ya inflao.

Me lamento de estas barbaridades; pero los arrieros dicen que no hay por qué apurarse. Es que son muy brutos. Dejan mal colocado el brocal para que nadie salte allí si el toro le persigue. Pero lo que hay que ver en Abenojar son las pantorrillas de las mozas. Las colocan a todas en un tablado y ellas brincan al tinglado desde los balcones y hasta desde las tejas. El que se coloca entre los maderos por bajo...

Pasa un labriego con un mulo. Los arrieros me explican que la cabalgadura esa no es un mulo, sino un burdégano, un macho romo. Mucho les alegra tener que enseñarme algo. Esto no se sabe en las ciudades, ¿verdad? Es un hijo de caballo y burro: de la yegua y del garañón sale la mula. ¿Entiendo bien? Nueva discusión, ahora sobre la ciudad y los pueblos. Después vuelven sobre el campesino que pasó antes y me dicen que es un terrateniente de Tirteafuera, por donde anduvo el autor del «Quijote». Ellos no han leído el libro, pero en el pueblo se dice eso aunque nadie lo sabe fijamente. ¿Qué me parece la gente manchega?

—De la Mancha, el queso—dice por mí el pastor.

Y aunque el pastor no habla una palabra más, los arrieros, gozosos por hallar un nuevo tema de conversación, discuten de firme sobre leche, nata, cuajo, suero y quesos. De todo saben estos buenos hombres. Sin la hierba de cuajó que traen

de Sierra Morena no hay queso manchego. ¿De dónde debe ser para ser bueno? Unos hablan de Herencia; otros, del Tomelloso; por fin, parece ser que el queso manchego de Yébenes triunfa. ¿No he estado alguna vez en Mestanza por Puertollano? Allí empieza la Sierra Morena. Y allí sí que son brutos, Dios Santo. Por San Pantaleón, los que se van a casar ofrecen a las mosas que son sus novias matar el toro de un estacazo. Pero de un estacazo sólo, no vaya a creer que el toro necesita dos.

Vemos un molino derruido. El borriquillo donde se enroscaba la maroma del gobierno es ya tan solo un carrete de madera podrida. También hay por allí una enorme piedra, la piedra bolera con sus filetes, rayones y pechos.

—Seis fanegas con buen viento—dice un arriero.

Parace ser que esos molinos hacían ese trabajo. No debo olvidar que los molineros viejos llamaban al celemin grande maquila. El molino en ruinas ha inspirado a un arriero el recuerdo de este cantar:

Gastan las molineras
ricos corales
con el trigo que quitan
de los costales.

Mas allí los arrieros vuelven a sus discusiones. El hambre, la gazuza, como ellos dicen, les da el asunto. El que más sabe de todo sale corriendo hacia su carro. Ha visto un bache y quiere guiar bien la reata no tengamos que poner un estrinque para sacar las ruedas del lodo. Vuelto a nosotros desafía a sus compañeros a conocer dos hierbajos, las legumbres y todo eso como él. Por fin reconocen su superioridad y, complacido, les vuelve a desafiar a que conozcan como él los guisotes manchegos.

—¿Que te gusta mas, pastor—le pregunta—; el gazpacho galiano, las gachas manchegas o el pisto manchego?

Al pastor le gusta todo; pero donde estén una res alobadada o el carajote... Asombro general. Ninguno de los arrieros sabe qué significa ese terminicho. Resulta que es una chanfaina de menudos, arroz, pimiento y tripas que han de parecer que saltan. Y cuando los arrieros se relamen, el pastor añade que mejor que el carajote es la carne lanchada, o sea carne asada entre dos piedras. Pero lo necesario es que no falten las migas canas... aceite, pan, agua y leche.

El pastor quiere llegar pronto a Veredas y Brazatortas. Lleva para sus compañeros en las alforjas aceite de linaza para hacer impermeables los lienzos. Los labriegos no le dejan adelantarse. Hay que comer con ellos el ajo arriero. ¿Que no? ¿A ver si el pastor ha confundido el ajo arriero con el ajo blanco de los segadores?, no faltaba más. Hay que chuparse los dedos comiendo ajo arriero y ya se llegará algún día a Veredas y a Brazatortas. ¿No tienen ellos que llegar también con el día a Horcajo? Sin pensar que yo que iba a la venta del Mochuelo cambio de dirección sólo por ver qué es eso...

Los arrieros, compadecidos de mi ignorancia, se disputan el decirme como se llaman las cosas que voy viendo. Estos hombres de las ciudades son cosa perdida. Para ellos toda clase de aves son pájaros y apenas si saben distinguir un chopo de una carrasca. Aquéllas son becacas, ¿no se me olvidará? Y las que salen de aquellas aliagas, romero seco y maraña se llaman ceretas. Los arrieros encantados me ilustran de firme, no debo olvidar que esas hierbas se llaman mata parta, y aquella mejorana y lo otro morquera, y esas aves, chochas y agachadizas.

—Y que no sabe bien, mi abuelo—dice el pastor—, una agachadiza encebollada!...

Nueva discusión acerca del encebollamiento. ¿Que son unas ruedas de cebolla sin unas lonjas o lonchas de zanahorias. Ya que yo, pobre hombre de la ciudad, no sé que es la barba de capuchino, el amargón, la verdolaga, la escorzonera, las envidias, la múrgura, las orchillas y las escalonias. No, no sé lo que es todo eso. Me compadecen y con razón. Los hombres de las ciudades comemos y no sabemos lo que comemos. ¿Qué lastima no saber siquiera cómo se llaman las cosas!...

Mientras ellos discuten yo pienso en esa exclamación suya tan recia, tan profunda: ¡Qué lastima no saber siquiera cómo se llaman las cosas!... En el viejo libro hebreo,

Dios trae a Adán los animales creados por él para que los ponga nombre. Los labriegos, la gente del campo saben el valor de esos nombres, de esas palabras dadas a las cosas para que no se confundan en la escasa comprensión del hombre.

La venta de Juan Fría no calma la eterna charla de los arrieros, que discuten ahora si al cerdo hay que llamarlo garrapo o guarín.

Es la venta un amasijo de pobres construcciones muy antiguas, pero sin otro valor artístico o sugeridor que el de toda venta castellana. Llegados a ella los arrieros atacan bien la galga, ponen piedras gruesas en los aros de las pinas y cuidan de sus reatas. El pastor se planta cerca de la puerta sin que fuerzas humanas le quiten las alforjas del hombro. Está bien así, y así comerá para salir de naja en cuanto descabece el hambre. Le esperan los rabadanés que tienen mala espera...

Atado a uno de los postes de la corraliza hay un caballejo que tiene, según el pastor, güélfaro. Su amo es un gitano de mala estampa, que canturrea sentado en el borde de una banquetta, oculta la cabeza bajo las alas enormes de un sombrero cordobés lleno de mugre. Cerca de él hay un vaso de vino. De vez en cuando levanta la voz y gargantea pintorescamente sus coplas flamencas:

Pelo a pelo yo no cambio,
tienes que goverme dinero,
que es el oficio gitano.

Según parece se llama Montoya, y es muy conocido en los alrededores, donde a pesar de sus fechorías se le quiere. Según se ve—esto ya no lo parece—le gusta el vino. Los arrieros le saludan por su nombre, y él, sin levantar la cabeza, les contesta «que viva España, que es inganable». Le conocen por el mote de *Manitas de plata*, y él mismo me cuenta con modestia que acabó de salir de la cárcei y es una especialidad en el robo y transformación de caballerías, aunque él no mata a nadie, «si no le matan a él primero»...

Los arrieros quieren hacer ellos mismos el ajo. Estas comidas no saben bien, me dice el sujeto, si no las hace uno mismo. Pide a gritos una cacerola, los otros gritan acompañándole, y pronto la batanola es de órdago. El uno pregunta si hay bacalao en agua desde la vispera, el otro si hay ajos tempranos de Chinchón, el otro pide aceite, vinagre y pimiento, todos piden vino, todos beben, y hay quien al mismo tiempo que bebe, pide a la ventera los ingredientes del ajo y ruega al *Manitas de plata* «se salga por algo».

—Déjalo ya—dicen desde otra mesa otros carreteros—; hoy está Montoya más serio que el burro de un pucherero.

—Oye, Montoya, ¿qué vas a beber?
—¿Yo? «N P U», lo que bebe Escarcena.

Escarcena es un cantaor famoso, y pedir en la venta de Juan Fría «N P U» no deja de tener gracia. Charlamos. A ruego de los arrieros me cuenta el famosísimo suceso de un *negocio* que le ocurrió y que lo sabe toda la Mancha. ¿Quién no conoce en todas las ferias el *trato de la mula torda!* Engañó al juez (el *barinó*), al veterinario (el *madrisca*) y a un molinero que lo querían engañar a él y les *metió* una *chori* mula torda y ciega a cambio de un macho con fatiga, más un gran saco de moyuelo y diez duros. La poca vergüenza y la simpatía del gitano hacen las delicias de los arrieros, que no se hartan de darle vino y hacerlo hablar. Son muy ladrones, dicen, pero tienen una gracia tan repijolera... Y la gracia de esta gente maleante y perjudicial les causa admiración y gozo. Hasta afirman que oyéndole se olvida el ajo...

Me traen en las cazuelas el bacalao en remojo, perejil, ajos y sal majados, aceite, vinagre y pimiento. Y, mirándome con ojillos chispeantes de felicidad, me dicen:

—¿Ve usted que cosa tan sencilla? Pues parece mentira que tan poca cosa sepa luego tan ricamente...

El bacalao tiene que cocer bien. Luego se seca y después se le echa por encima la salsa y no se harta uno de comer hasta el día del juicio final.

Ni a tiros se sienta el pastor. Sonriendo siempre, con sus alforjas al hombro, mira todo como si todo le embobara. Unicamente al mirar al gitano su ceño áspero y ferroso se frunce con gesto de odio o de miedo, Dios sabe porqué.

Mientras el bacalao cuece, el gitano cuenta los secretos que tienen para engañar a los campesinos. Para engordar un burro chalo perdido le dan a comer una mezcla de pujadas de sangre con granzones, esto les hincha y se venden «manque nadie los compre». Para que no se les conozca la edad les illman las alseguillas. Cuando quieren vender un potro de tres años como un caballo de cuatro, le arrancan los dientes de leche que todavía le quedan, le quitan ciertas señales que tienen en la corona de los dientes y para reemplazarlas rellenan las sinuosidades con una pasta especial. Nos habla de las anteojeras de espejos para que braceen de firme y mientan fogosidad las bestias mas viejas. Saben quitarles la lupla de las rodillas, los agriones en los corvejones, el diente teja, los chimbo cubos de las piernas, los clavos pasados, tumores que salen en el ceño del pelo entre éste y el casco, los esparavanes de franfollo y garbancillo, y el temible alobao negro que las gitanas desean en sus maldiciones a las personas.

Los arrieros rodean al gitano, olvidados del ajo y de la obligación que tienen de llegar con el día a Horcajo. Viejos deseos de raza, hondos sentimientos de arcaica sangre pícaro y aventurera les retienen allí junto a la mesa coja manchada de vino, bajo el pórtico del hostal, viendo cómo los gitanos untan las rodilleras de las bestias enfermas con un betún de aceite y corcho quemado, y cómo les dan arsénico para que crezca en ellas el pelo. Cuando un bicho de estos cojea le ponen como nuevo con friegas de amoniaco líquido, alcohol alcanforado, emulsión de jabón y esencia de espliego.

Esta química absurda es coreada con oles y bravos. ¡Cuánto sabe esta gente!, me dicen al oído admirados.

Comemos el ajo en la compañía del gitano, ya borracho «hasta el tuétano». El pastor come en pie, «a lo soldado», dice él, cucharada y pase atrás. Me preguntan si me gusta. Ya lo creo. Este ajo arriero tiene una salsa divina, la charla inagotable, el trato de unos hombres recios que trabajan y en cuyo corazón se conserva el nervio vivo de una raza muy grande.

EUGENIO NOEL.

Gacetilla

Nuestro periódico, se complace en tributar un aplauso a todas las autoridades que cumplen su deber, a sus subordinados que, con celo y entusiasmo las secundan, y a los ciudadanos dignos de este nombre, que se les han ofrecido; a los que se suma desde luego LA RIBERA DEL EBRO.

Están ya anunciadas las fiestas de la inauguración de nuestra plaza de toros.

Para el día tres han sido contratados los valientes matadores Luis Frog y Algabaño II.

Se hace esperar que la primera corrida alcanzará un lleno extraordinario debido al buen cartel que hay para este día.

Reina gran entusiasmo entre los aficionados.

Nuestro mercado aceitero está encalmado por completo, debido al impuesto creado por nuestro gobierno de 40 pesetas por 100 kilos de aceite que se exporte.

Este impuesto hace que los aceites alcancen en los mercados extranjeros un precio fabuloso, y por ello es casi nula la exportación; con lo que se perjudica notablemente nuestra comarca eminentemente olivarera.

Un teniente de alcalde perteneciente al comercio no opone el menor reparo en surtir a los ferroviarios que prestan servicio. Y en cambio, otro concejal, también del comercio, niégase, enfurriñado, a venderles patatas.

¡Si será botarate esta patatero!

El caballeroso y prudente proceder de los militares es objeto de alabanzas y de agradecimiento en y por todas las clases sociales. Tortosa, muy reconocida, tiene puesta toda su confianza en las autoridades, que pueden contar con la Tortosa pacífica y laboriosa para todo.

Dr. Primitivo Sabaté

Ex-Interno por oposición y médico agregado
del Hospital Clínico de Barcelona
Aluno del Hospital Necker de Paris

CIRUGIA GENERAL

Vías urinarias

Consulta de 2 a 4 tarde

Angel, 16, pral., Tortosa

Teléfono, 37

Dr. Secundino Sabaté

Ex-Interno pensionado del Hospital Clínico de Barcelona
Monitor de la Clínica Tarnier de Paris

PARTOS

Enfermedades de la mujer

Consulta de 10 a 1

Angel, 6, pral., Torosa

Teléfono, 37

CLÍNICA SABATÉ Plaza Alfonso XII

ESMERO Y ECONOMIA

Depósito de alpargatas de todas clases, procedentes de las mejores fábricas de España de

LUIS BRÚ PEDRET

Ventas al por mayor y al detall

Cordelería de toda clase y garantida

Calle del Angel, núm. 9, frente al Hotel Siboni

TORTOSA

LUZ Y ECONOMIA!

Si queréis que vuestro alumbrado eléctrico resulte bueno y económico, no compréis más lámparas que las de marca A.E. G. que podéis adquirirlas al ínfimo precio de 1'30 por lámpara.

Unico sitio en que podéis surtirlos de las referidas lámparas al precio indicado es en casa del instalador JUAN GINOVART.—Plaza de Armas, núm. 31, 1.º

NOTA: Todo aquel que compre las lámparas en el sitio indicado tiene derecho a obtener de JUAN GINOVART las reparaciones GRATIS en su instalación, siempre que para las mismas no sea necesario emplear material nuevo.

MUEBLES

DE TODAS CLASES

M. PANISELLO

Moncada 6, TORTOSA

Gabinete de Rayos X

Aparato transportable a todos los pueblos de la comarca aunque no posean alumbrado eléctrico

Doctor Antonio Llorca Piñol

Teléfono, 82

Ferrerías, 50.—TORTOSA

En venta

Un diccionario ALCUBILLA, 3.ª edición, en buen estado, por 50 pesetas.

Y ocho cajas madera-cartón para conservar documentos, casi nuevas, por la mitad de su precio.

Razón: Taller de encuadernaciones de don Baldomero Beltrán.

Gabinete Oftálmico

DEL

Doctor OLIVERES

OCULISTA

De los Hospitales y Escuelas de Paris

Consulta de 10 a 1

Operaciones de 3 a 5

Rosa, 3.

INSTITUCIONES CIVILES DE TORTOSA

De venta en casa del abogado

Don José Foguet

Cervantes, 6

ALMACÉN EN VENTA

contiguo a la rampa del puente del Estado.

Razón en esta imprenta

Disponible

DISPONIBLE